



## “La fidelidad debida...”

Pisamos ya el tercer mes de este AÑO SANTO de 1950. De uno a otro extremo de la cristiandad se hace sentir ese sacudimiento de emoción y de arrastre que siempre tienen —y seguirán teniendo— las cosas del espíritu y los motivos santos.

Gentes de todos los países se aprestan a emprender su viaje de peregrinos a la ciudad cabeza del cristianismo. Hay un anhelo de demostración pública de nuestro fervor cristiano, de nuestro amor al Papa y a la Iglesia. Se desea saturar el espíritu de afectos sobrenaturales, que nos desliguen un poco siquiera de la excesiva preocupación por las cosas terrenas y mundanas.

Tal debe suponerse, en buena razón, que habrá de ser la actitud y el espíritu con que varios millones de peregrinos acudirán a la sede del Vicario de Jesucristo y a la tumba de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

En ningún caso podría considerarse y tomarse este año, —que es para los católicos SANTO—, como un año de recreo frívolo, de diversión turística, de espectaculares visitas masivas, en el que se diera la sensación de todo, menos de verdadero fervor, piedad y compostura edificante. Podría haber peligro de que muchos católicos se dejaran llevar un poco, o hasta un mucho, por la propaganda primordialmente comercial, y de tipo turístico, que posiblemente ofrecieran en sus anuncios y prospectos las empresas y agencias de viajes.

Y en cambio se olvidara el verdadero sentido y valor de la palabra peregrino. Que esta palabra lleva implícito el significado de viaje de oración y de penitencia; tal como en su origen fueron instituidas las peregrinaciones. Si los medios modernos y prácticos de la actualidad facilitan la visita a lugares santos, y a ganar la indulgencia de los jubileos, no debe por ello perderse nunca de vista que ese espíritu de oración y de fervor religioso es lo que fundamentalmente deben tener presente y practicar los peregrinos que acuden a Roma.

Pero tanto para los que puedan acudir a la ciudad santa, como para todos los demás hijos de la Iglesia, nos señala explícitamente el Papa varias intenciones o fines particulares que hemos de recordar y actuar siempre en nuestra vida, pero de manera particular durante el presente Año Santo.

Y una de las más importantes y prácticas de dichas intenciones es aquella en que se nos recomienda: “Que la fidelidad debida al Divino Redentor y a la Iglesia por El fundada se mantenga por todos con espíritu inflexible y con voluntad energética”.

No debía ser necesario que a quien profesa la fe en Cristo y su Iglesia, y a quien incluso tal vez se gloria y blasona de ser católico, se le recordase en términos precisos que tiene el deber de ser fiel, de guardar “la fidelidad debida” a Cristo, cuya fe y doctrina ha recibido, y a la Iglesia en cuyo seno queremos vivir.

Pero es que la realidad de los hechos en la vida contemporánea de esa misma Iglesia de Jesucristo, se encarga de probarnos, —y tal vez con más dolorosa evidencia que en otras épocas—, que son muchos y demasiado frecuentes los casos, aun colectivos, de católicos que viven y actúan en forma que es una absoluta negación de la fidelidad que debían guardar a su religión. O por lo menos parecen ignorar totalmente la grave obligación que en este respecto les impone el bautismo que un día recibieron.

En los católicos que así proceden, tiene realidad palpable el principio tantas veces condenado por la Iglesia, del liberalismo dogmático; o sea: aquel principio de la doble personalidad en los individuos: la privada, que se profesa católica, va a misa, visita la Iglesia y cumple con otros actos y virtudes privadas; y la otra personalidad, la pública, que en el ejercicio de su profesión, o en política, o en negocios y otras actividades, no toma para nada en cuenta ni las enseñanzas de la Iglesia, ni los mandatos expresos del Papa, ni la doctrina de Jesucristo, sino procede en todo esto tal como lo hacen los que ni tienen fe, ni se profesan católicos.

Estos tales, llegada la hora de probar en la vida pública su verdadero catolicismo, son débiles o cobardes, y traicionan con toda desición la fidelidad debida a Cristo y a su Iglesia. Y bien se sabe que el traidor es el enemigo más pernicioso y temible. Y suelen ser esos numerosos traidores los elementos que más eficazmente suelen utilizar los verdaderos enemigos del catolicismo para el triunfo de sus campañas y fines anticristianos.

Es cierto que el insoportable yugo de tiranía que hoy ejerce el marxismo ruso sobre tantas naciones del centro y del este de Europa, se debe en buena parte a la traición pública de muchos que blasonaban de católicos, los cuales llegada la hora de la prueba y de tener que sacrificar sus intereses personales, se pasaron a colaborar con el enemigo no sólo de su religión sino aun de su misma patria. Que es una verdad plenamente constatable que no puede ser buen patriota quien traiciona su propia religión.

Y lo que como ejemplo recordamos sucedido en lejanos países europeos, no debe hacernos olvidar que exactamente se cumplió el mismo triste fenómeno en nuestra propia patria. Que nada hubiera podido hacer aquel antireligioso y marxista partido "adeco", con su puñado de dirigentes audaces y despreocupados, si no hubiera contado con él apoyo y la colaboración de tantos falsos y traidores católicos que al mismo tiempo que blasonaban de su fe, y la empleaban como medio para el engaño del pueblo sencillo e ignorante, iban estructurando un estado venezolano ateo, marxista y opresor.

Esa "fidelidad debida" a Cristo y a su Iglesia nos dice el Papa que ha de mantenerse "con espíritu inflexible y con voluntad enérgica."

Son dos condiciones que implican virtudes hoy muy escasas en la formación y conducta de muchos individuos. Espíritu inflexible se nos pide hoy, cuando lo que se cultiva es el espíritu acomodaticio, contemporizador; que no quiere distinguir entre el mal y el bien, entre la verdad y el error; que a todo se aviene, y no gusta demostrar temple y entereza de criterio y de acción.

Y se nos pide voluntad enérgica: voluntad que ante el deber, por costoso que se presente, sabe salir adelante con valentía: que persevera constante con responsabilidad nunca desmentida aun cuando la lucha o el peligro se agraven; voluntad que es un ejemplo y un estímulo para la conducta vacilante o acobardada de otros que irían a claudicar.

Solamente los cristianos que posean estas virtudes, tal como el Papa las señala, estarán en capacidad para ofrecer a Cristo, y a su Iglesia nuestra Madre, el ejemplo necesario de una fidelidad de hijos legítimos y dignos. Quienes no poseen estas virtudes, o al menos no se entusiasmen y apresuren para ir las adquiriendo, esos no podrán nunca gloriarse de su fe de católicos, y de su cristianismo auténtico. Serán cristianos de quienes nada se podrá esperar; de quienes todo se podrá temer; si llega la hora de la prueba; serán los quintacolumnistas que a la Iglesia de Cristo harán traición, y entregarán a sus hermanos.

Ojalá que este llamado urgente del Papa despierte la conciencia de tantos católicos dormidos o equivocados. Y que este Año Santo sirva para lograr y afianzar con sinceridad "la fidelidad debida" a Cristo y a su Iglesia.

P. P. B.